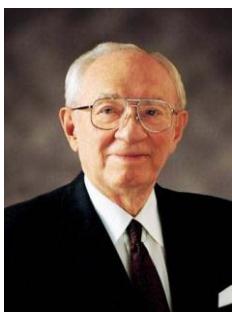


EL CAMINO DE REGRESO

por el élder Gordon B. Hinckley
del Consejo de los Doce



Al acercarnos al fin de una mañana de inspiración, quisiera, por un momento, llevaros a tiempos pasados, a aquella terrible noche, en los alrededores de Jerusalén, al concluir la última cena. Jesús y sus discípulos salieron de la ciudad y fueron hacia el Monte de los Olivos. Sabiendo que su terrible experiencia estaba a punto de terminar, habló con aquellos a quienes amaba. Y les dijo:

"Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche...

Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se scandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.

Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante me negarás tres veces.

Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré." (Mateo 26:31, 33-35.)

A esto siguió la terrible agonía en el Jardín de Getsemaní, y luego la traición. Al pasar la procesión hacia la corte de Caifás, "Pedro le seguía... hasta el patio del sumo sacerdote; y entrando, se sentó con los alguaciles, para ver el fin" (Mateo 26:58).

En el transcurso de ese juicio escarnecedor, y mientras los acusadores de Jesús le escupían y le abofeteaban y le pegaban con las palmas de las manos, una criada viendo a Pedro, le dijo:

"Tú también estabas con Jesús el Galileo.

Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices.

Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el Nazareno.

Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre.

Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre.

Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo.

Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente. " (Ma. 26:69-75)

¡Qué escena tan conmovedora encierran estas palabras! Pedro, afirmando su lealtad, su determinación, su resolución, dijo que nunca negaría al Señor. Mas el miedo a los hombres le invadió y la debilidad de su carne hizo presa de él, y bajo la

presión de la acusación, su resolución se desmoronó. Entonces, al reconocer su falta, "saliendo fuera, lloró amargamente".

Al leer este relato, mi corazón se compadece por Pedro. ¡Hay tantos de nosotros que nos parecemos a él! Prometemos lealtad, afirmamos nuestra determinación de tener valor, declaramos, a veces hasta publicamos, que pase lo que pase haremos lo correcto, defenderemos la causa de la verdad, y seremos Sinceros para con nosotros mismos y para con los demás, Entonces comienzan a aumentar las presiones, tratándose muchas veces de presiones sociales; a veces son deseos personales, otras vienen en forma de ambición falsa; se debilita la voluntad, la disciplina se resquebraja, y se produce la capitulación. Como consecuencia, vienen luego el remordimiento, las autoacusaciones y las amargas lágrimas de arrepentimiento.

Una de las grandes tragedias que presenciamos casi a diario es la del hombre que mucho ambiciona y poco logra; sus motivos son nobles, su proclamada ambición es digna de admiración, su capacidad es enorme, mas su disciplina es débil; sucumbe ante la indolencia y el apetito le quita la voluntad.

Recuerdo que en una oportunidad conocí a un hombre así, que no era miembro de la Iglesia. Se había graduado en una gran universidad y su potencial era ilimitado; siendo joven, con una excelente educación y una tremenda oportunidad, soñó con las estrellas y trató de alcanzarlas. En la compañía en la que trabajaba en aquel tiempo, fue promovido de una responsabilidad a otra, cada una con mayores oportunidades que la anterior; a los pocos años, se encontraba en el escalón superior de su compañía. Sin embargo, tales promociones le hicieron entrar en el círculo de los bebedores; no pudo resistir, como muchos otros tampoco pueden, y se transformó en alcohólico, víctima de un apetito que no pudo controlar. Buscó ayuda, mas era demasiado orgulloso como para disciplinarse a sí por mismo dentro del régimen impuesto por aquellos que trataron de ayudarle.

Después cayó como un meteorito, consumiéndose trágicamente y desapareciendo en la noche. Pregunté por él a muchos de sus amigos, y finalmente me enteré de la verdad de su trágico fin: aquel que había comenzado con altas aspiraciones y tan enviable talento, había muerto en la más absoluta miseria, en una calle de una de nuestras más importantes ciudades. Al igual que el Apóstol de la antigüedad, se había sentido seguro de su fortaleza y de su capacidad de alcanzar su potencial máximo; mas negó esa capacidad, y estoy seguro de que a medida que las sombras de su fracaso comenzaron a rodearle, al igual que Pedro, ha de haber salido para llorar amargamente.

Recuerdo otro caso, el de una persona a quien conocí muy bien; se había unido a la Iglesia hace muchos años, cuando yo era misionero en Gran Bretaña. Siendo víctima del hábito del cigarrillo, oró para recibir fortaleza en esos primeros años como miembro de la Iglesia, y el Señor respondió a su oración dándole poder para vencer el vicio; se inclinó hacia Dios y vivió con un gozo que jamás había experimentado antes. Pero con el paso del tiempo las presiones sociales y familiares se confabularon contra él, por lo que rebajó sus miras y se entregó a su apetito; el

olor a tabaco comenzó a seducirle. Al cabo de algunos años me encontré con él y conversamos de los pasados y mejores días que había conocido; y al igual que Pedro, lloró amargamente. El culpaba de su caída a esto y aquello y al oírlo, me sentí tentado a repetir las palabras de Casio en la obra Julio Cesar:

"¡La culpa, querido Bruto, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos, que consentimos en ser inferiores!"

Y así podría continuar contándoles de aquellos que comienzan con objetivos nobles, mas luego aminoran su marcha, o de aquellos que son fuertes al comenzar y débiles al terminar. En el juego de la vida, hay muchos que eluden a un delantero, pasan a un defensa y esquivan al portero, mas cuando llegan frente a la valla sin custodia, lanzan el balón afuera. Sienten la inclinación de vivir para sí, negando sus instintos generosos, ambicionando posiciones y viviendo una vida sin inspiración, sin compartir talento ni fe con otros. Refiriéndose a ellos el Señor ha dicho:

"Y ésta será vuestra lamentación en el día de la visitación, juicio e indignación: ¡La siega ha pasado, el verano ha terminado, y mi alma no se ha salvado!" (D. y C. 56:16.)

Pero más particularmente, quisiera referirme brevemente a aquellos, quienes como Pedro, profesan amor por el Señor y su obra, y más tarde, ya sea a viva voz o en silencio, le niegan.

Recuerdo perfectamente a un joven de gran fe y devoción, que fue mi amigo y apoyo durante un crítico período de mi vida. Su forma de vida, y el entusiasmo de su servicio eran evidencia de su amor por el Señor y por la obra de la Iglesia. Mas se dejó arrastrar lentamente por la adulación de sus compañeros, quienes vieron en él la forma de aprovecharse de los asuntos en que juntos se hallaban embarcados. En vez de guiarles en la dirección de su propia fe y conducta, fue cayendo lentamente en los senderos que lo conducían hacia un rumbo equivocado.

Nunca habló con desprecio de la fe que había profesado; pero el cambio era evidente, pues su conducta alterada era testimonio suficiente de la ruptura de los lazos que le unían a esa fe. Los años transcurrieron, y volví a encontrarme con él. Habló en la forma que lo hace una persona desilusionada. Bajando la voz y los ojos, se refirió a la forma en que había quedado a la deriva, al soltarse el ancla de la religión que tanto había atesorado. Al fin, concluyendo su relato, al igual que Pedro, lloró amargamente.

El otro día estaba hablando con un amigo en relación a un conocido mutuo, un hombre bien visto en su vocación. "¿Cómo marcha su actividad en la Iglesia?", le pregunté; a lo que mi amigo respondió: "En su corazón sabe que la Iglesia es verdadera, mas tiene temor a tal realidad. Teme que si reconociese su condición de miembro en la Iglesia y viviese sus normas, sería rechazado del círculo social en el cual se desenvuelve".

Entonces pensé, "Al igual que Pedro quien negó su seguro conocimiento, llegará el día, aunque sea en sus años de vejez, cuando en las horas de serena reflexión, este hombre comprenderá que cambió su primogenitura por un guisado de lentejas y le

sobrevendrán el remordimiento, la pena y las lágrimas, pues verá que no solamente negó al Señor en su propia vida sino que también lo negó ante sus hijos, quienes han crecido sin una fe a la que apegarse".

El Señor mismo dijo:

"Porque el que se avergonzara de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles." (Marcos 8:38.)

Ahora, en conclusión, quisiera regresar a Pedro quien negó al Señor y luego lloró amargamente. Al reconocer

su error y arrepentirse de su debilidad, se volvió y llegó a ser una poderosa voz que dio testimonio del Señor resucitado. El, el Apóstol mayor, dedicó el resto de sus días a testificar de la misión, la muerte y la resurrección de Jesucristo, el Hijo viviente del Dios viviente; predicó el conmovedor sermón en el día de Pentecostés, y la multitud se conmovió por el poder del Espíritu Santo; con la autoridad del sacerdocio recibido de su Maestro, él junto con Juan, sanó al paralítico, milagro que trajo aparejada la persecución; habló sin temor en favor de sus hermanos cuando fueron llevados ante el Sanedrín. El fue quien tuvo la visión que hizo que se llevara el Evangelio a los gentiles. (Hechos 2:4, 10.)

Fue encadenado y puesto en prisión, y padeció la terrible muerte de un mártir como testigo de Aquel que le había llamado de entre sus redes de pescador, para que fuera un pescador de hombres. Permaneció fiel y verídico a lo que le fue confiado, cuando el Señor resucitado en sus instrucciones finales a los once apóstoles, les mandó que fueran "a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Ma. 28:19). Y fue él quien, junto con Santiago y Juan, los tres en condición de seres resucitados, regresaron a la tierra en esta dispensación para restaurar el Santo Sacerdocio bajo cuya autoridad divina la Iglesia de Jesucristo fue organizada en estos últimos días, y bajo cuya autoridad funciona en la actualidad. Estas poderosas obras y muchas más que no han sido mencionadas, fueron llevadas a cabo por Pedro, quien una vez negó al Señor y lloró amargamente, y luego se levantó por sobre el remordimiento para ejecutar la obra del Salvador después de su ascensión, y para participar en la restauración de esa obra en esta dispensación.

Si hubiese alguien dentro de los confines adonde llega mi voz, quien mediante palabra o hecho haya negado la fe, ruego que pueda extraer consuelo y resolución del ejemplo de Pedro que, a pesar de haber caminado a diario junto a Jesús, en un momento extremo negó tanto al Señor como al testimonio que él mismo había llevado en su corazón. Mas se levantó por sobre estos errores y llegó a ser un poderoso defensor y un valiente abogado de la causa. De la misma forma, vosotros tenéis la oportunidad de volveros, y agregar vuestra fortaleza y fe a la de otros en la edificación del reino de Dios.

Entre nosotros se encuentra un hombre que creció con mucho amor por la Iglesia, pero que, al comenzar a ocuparse demasiado en sus obligaciones de negocios,

obsesionado por la ambición, en efecto, comenzó a negar su fe y su modo de vida se convirtió en algo opuesto a sus principios; pero afortunadamente, antes de que pudiera hundirse más, prestó atención a los susurros de la "voz apacible" de la inspiración, se arrepintió de sus acciones, y cambió su vida. Hoy en día ocupa el puesto de presidente de una gran estaca en Sión, al mismo tiempo que trabaja como el funcionario más antiguo en una de las corporaciones industriales más grandes de la nación y el mundo.

Mis queridos hermanos y hermanas que os hayáis desviado del camino correcto, la Iglesia os necesita, y vosotros necesitáis a la Iglesia. Encontraréis muchos oídos dispuestos a escuchar con comprensión; habrá muchas manos que os ayudarán a encontrar el camino de regreso; encontrareis corazones que entibiarán el vuestro, y veréis lágrimas, no de amargura sino de gozo.

Que el Señor llegue a vosotros con el poder de su Espíritu para que vuestro deseo crezca. Ruego que El fortalezca vuestra resolución. Que vuestro gozo sea completo y vuestra paz dulce y santificadora en vuestro regreso a aquello que sabéis en vuestro corazón que es verdadero, lo ruego humildemente al dejaros mi testimonio de Aquel en cuyo nombre servimos, en el nombre de Jesucristo. Amén.